

MULTICULTURALISMO Y ACCIÓN*

Rolando Casale

UNLP

I. Introducción:

Hay que admitir como hecho la existencia de múltiples culturas, cada una de las cuales tiene sus rasos específicos. La diversidad cultural, sin duda alguna, es altamente valiosa; pero hay que tener en cuenta que toda práctica de cualquier cultura sólo puede ser admisible si se lleva a cabo en concordancia con los derechos humanos¹. Estos últimos, se han constituido en el eje primordial que permite delimitar los alcances de prácticas que provienen de culturas distintas. Se puede afirmar entonces, que las manifestaciones de cualquier cultura son admisibles, siempre y cuando estén en concordancia con los derechos humanos que brindarían así una base universal. Ahora bien, una de las cuestiones que se plantean dada esta situación es la siguiente: ¿Cómo es posible la coexistencia de múltiples culturas heterogéneas dentro del marco de los derechos humanos?. Sin duda, hay diferentes niveles para ensayar una respuesta sobre esa posibilidad. En este trabajo nos circunscribimos al plano de las producciones simbólicas. El objetivo del mismo está centrado en mostrar que hay algunas condiciones que contribuyen a dicha coexistencia y es, en esos sentido que se propone la hipótesis: La convivencia entre diversas culturas requiere actividades elementales. Las actividades elementales que aquí se proponen, de ninguna manera se postulan como las únicas, pero, si se va a sostener que las mismas son necesarias aunque no se considere que sólo ellas lo son. Es así que se pueden distinguir al menos cuatro tipos de actividades mencionadas, a saber, las receptividad, la conservación, la reciprocidad y la elaboración.

II. La Receptividad:

Las manifestaciones de una cultura se orientan no solo a la misma, sino a otras. Sin la capacidad de una cultura para captar las expresiones de otras culturas, no habría ninguna oportunidad para el intercambio. La integración de culturas heterogéneas no se lograría, si éstas no fueran receptivas. Ahora bien, existen diferentes maneras por las

* Trabajo realizado en el marco del Seminario Valoración de las diferencias en la construcción del otro. Aportes de la filosofía del género dictado por M. L. Femenías.

cuales la receptividad se expresa; y es importante distinguir entre aquellas formas de la receptividad que son acordes a la multiplicidad cultural de aquellas que no son apropiadas. Para hacer esta distinción se tomarán algunas contribuciones hechas por Freud en el ámbito de lo individual. Este autor compara diferentes formas de registrar un texto escrito con el aparato psíquico, mostrando una analogía entre el bloc mágico y éste, con respecto a las producciones simbólicas. Dicho autor plantea² que existen tres formas en que lo escrito, es susceptible de registrarse. O bien sobre un bloc común en una sucesión de hojas, o bien en una pizarra común o bien el bloc mágico. Hoy en día, habría que agregar los medios electrónicos; pero a los fines de este trabajo éstos no son radicalmente diferentes a los primeros, en el sentido de que por ahora las marcas quedan impresas en una cinta o disco. La actividad receptiva de las hojas en blanco o la pizarra sobre la que se escribe es nula, pero, las inscripciones hechas sobre las hojas se pueden acumular mientras que en el caso de la pizarra no; para imprimir nuevas marcas una vez que la hoja se ha llenado, es suficiente con dar vuelta la hoja del bloc, en el caso de la pizarra se requiere borrar. Estos dos modos de registrar la información tienen la desventaja de que en el primer caso la acumulación de impresiones requiere un excesivo número de hojas y en el segundo que es imprescindible borrar lo escrito para imprimir allí nuevos datos.

Es interesante notar que a nivel de la receptividad cultural aquella analogía que planteaba Freud puede sostenerse con problemas semejantes a los descriptos por él. La receptividad al estilo hoja en blanco, dentro del orden cultural estaría dada por aquellas culturas que registran absolutamente todo de las otras culturas, pero donde aquello que es registrado no tienen otro valor que la mera acumulación de información, la simple ocupación de un espacio por una sucesión de signos. Tal forma de receptividad es completamente pasiva y no tendría en modo alguno, valor. La receptividad cultural que se plantea aquí como una actividad necesaria implica un trabajo realizado por la misma cultura. Tampoco se trata de una receptividad al estilo pizarra la que tendría validez a nivel cultural, pues ella supone la aniquilación de la información vieja, para acopiar la nueva información. La receptividad cultural no puede compararse en modo alguno en su genuina dimensión ni con la actividad de borrar, ni con la actividad de dar vuelta la página; sino que más bien tendría cierta semejanza con la actividad que se lleva a cabo en la pizarra mágica³, se trata aquí de escribir sobre una hoja transparente que se compone de dos láminas traslúcidas que están en contacto con una tablilla de cera, apoyadas sobre ésta. Al escribir allí con un punzón las marcas no se producen en las

láminas traslúcidas sino al hacer contacto la inferior de estas con la superficie de cera. La actividad que aquí esta en juego, es la de unir y separar la hoja transparente de la superficie de cera sobre la cual se apoya. Esta actividad cobra sentido a partir de que al separarse la hoja transparente queda lista para recibir en ella nuevas marcas, mientras que las viejas han quedado grabadas en la cera. Sobre esa superficie de cera van a quedar impresas todas las marcas de lo que se escriba sucesivamente en la hoja transparente. Lo interesante de esta actividad receptiva esta en que permite recibir nueva información sin perder la que se tenía disponible y sin multiplicar innecesariamente el espacio sobre el que la información se anota. Esta actividad receptiva en el orden cultural implicaría que una cultura puede recibir las producciones simbólicas de otra sin que por ello multiplique innecesariamente sus registros y sin que tenga que aniquilar la información disponible. Se trata así de una actividad receptiva por medio de la cual una cultura toma nota de lo existente en otra cultura, al mismo tiempo que no queda ni atosigada por esa información, ni tampoco pierde la información que ya ha adquirido. Ahora bien, se habrá notado que en esta clase de actividad aquello que es registrado puede conservarse generando el mínimo de perturbaciones posibles, al mismo tiempo que lo registrado recibe una ligera modificación sin que afecte su naturaleza, es decir, sin que sufra deformaciones. La actividad receptiva que es acorde a la multiplicidad cultural, está ligada a ella, en la medida que resulta posible asimilar las producciones simbólicas en concordancia a sus propias condiciones materiales. Cualquier cultura que sea capaz de recibir las producciones simbólicas de otras modificándolas de acuerdo a sus condiciones materiales, sin alterarlas ni deformarlas va a estar en posición más óptima que cualquier cultura que sea alterada por esas producciones o que tenga que deformarlas para incorporarlas.

En fin, la actividad receptiva conveniente al multiculturalismo se vincula al trabajo que tiene que llevar a cabo cada cultura para no ser trastornada por las producciones de otras culturas; pero que al mismo tiempo no deforme a las mismas. El gran riesgo de la actividad de recepción de manifestaciones culturales está en deformar dichas producciones o en una deformación de la cultura receptora. La actividad receptiva es la que asegura justamente, que dichas deformaciones no tengan lugar. Ello se logra por medio de modificaciones de su propia materialidad; pero también por medio de modificaciones de lo que ha sido recibido.

III.La Conservación:

Se ha observado que la actividad receptiva es importante, sin embargo, tiene su propio límite en el mantenimiento de aquello que ha sido registrado. Aquí, se puede apelar también a la escritura para establecer una analogía con el resto de las producciones simbólicas. Se ha indicado que la modalidad de actividad receptiva no admitía el modelo de la pizarra o del bloc común. La receptividad mencionada conduce a una forma de conservación tal como se la describe en el bloc mágico donde es posible distinguir el nivel inmediato en el cual las marcas se imprimen sobre la hoja traslúcida y el nivel mediatizado por la superficie de cera en donde las sucesivas inscripciones van quedando selladas. Lo interesante de este modelo es que permite mantener lo escrito sin impedir que nuevas impresiones se efectúen y sin generar alteraciones en el material receptivo. Sin duda alguna lo más interesante de esto está en que las capas de escrituras sucesivas que se van registrando se pueden recuperar de acuerdo a las condiciones adecuadas de luminosidad⁴. Es decir, aquella que se conserva, siempre tiene la posibilidad de actualizarse y hacerse accesible si se ilumina adecuadamente la superficie de cera en donde han quedado las marcas. Obsérvese que lo más destacado aquí se encuentra en la posibilidad de recuperar lo escrito sin que esto implique ni un gasto excesivo, ni tampoco alteraciones de las marcas iniciales. Este modelo de conservación implica no sólo un mantenimiento de lo dado, sino que además implica que ello esté asentado de tal manera que se encuentre disponible. Esta forma de escribir en donde no sólo permanecen las marcas, sino que ellas no son alteradas, y sobre todo están disponibles para que se acceda a las mismas, implica una actividad que bien puede rescatarse para todas las producciones simbólicas que una cultura ha asimilado de otra. Pero, aquí hay que tener presente al menos tres peligros que es imprescindible superar por medio de actividades muy precisas. Por un lado está el peligro de que en la superficie de cera algunas marcas impidan que las sucesivas se impriman, también está el riesgo de que las condiciones de luminosidad no sean suficientes para distinguir lo escrito en un nivel produciéndose confusiones entre niveles y finalmente, está el peligro de que las sucesivas capas queden totalmente separadas unas de otras sin que se puedan reintegrar en una escritura que las trascienda. En fin, estos tres peligros en última instancia se pueden sintetizar en que aquello que se conserva no sea otra cosa que una letra muerta, una serie de signos impresos en diferentes etapas sin que se les encuentre la oportunidad de otorgarles un sentido y una significación.

Con la conservación de las expresiones simbólicas en el plano de la cultura, siempre se está expuesto al mismo peligro, de allí que sea necesario un permanente trabajo de actualización y reactualización de lo registrado. Es ese trabajo, la característica principal que tiene actividad conservadora. Sin el mismo las producciones que se conservan en el orden de la cultura están siempre expuestas a perder su sentido y su significación; pues éste no puede provenir sino de remitir aquello que esta disponible a las circunstancias en las cuales una cultura se encuentra y no sólo a ésta sino también a un trabajo constante continuo por medio del cual aquello que se ha conservado es reintegrado con lo nuevo. No se trata de que las producciones simbólicas de una cultura queden absorbidas por otra que las conserva, sino por el contrario la actividad misma de conservarlas consiste en reintegrarlas no solo con otras producciones culturales, sino con , las mismas de la cultura que las ha recibido. La actividad conservación, en última instancia se orienta a mantener viva las producciones simbólicas que una cultura ha recepcionado de otra. Para ello, es imprescindible una tarea de asimilación en virtud de la cual aquello que ha sido recibido es modificado en virtud de la organización misma de la cultura receptora sin que esta modificación haga variar lo fundamental que necesariamente debe mantenerse. Sin embargo, hay que tener en claro que, la conservación de expresiones simbólicas dentro del marco cultural tiene un nivel de dinámica que supera en gran medida, al modelo propuesto por el bloc mágico. En el mismo, cuando funciona idealmente las marcas iniciales se conservan siempre igual y las sucesivas marcas no necesariamente van a ser susceptibles de reorganizar lo que ya ha sido escrito. Es decir, en el modelo del bloc mágico de conservación hay una fijeza de las marcas que siempre se mantienen iguales a sí mismas, a menos que se produzca un deterioro; en la actividad conservadora de la cultura no queda excluida tal fijeza, pero la misma, no es lo principal; sino que lo más importante consiste en el establecimiento de progresivas diferenciaciones de las huellas iniciales en donde en ese proceso aquellas son reorganizadas en virtud no sólo de las nuevas recepciones, sino, en virtud de las múltiples articulaciones que son susceptibles de establecerse entre aquello que ha quedado impreso.

Es importante hacer algunas precisiones con respecto a la receptividad y la conservación de las manifestaciones simbólicas. Cuando para mostrar las actividades receptoras y conservadoras de una cultura con respecto a otra se apela al modelo de la escritura en el bloc mágico ello puede llevar a confusiones, si no se aclara el sentido de la comparación a la par que aquello que las distingue. Lo importante del bloc mágico es

que puede conservar lo escrito sin deformarse y sin deformarlo a la par que continuamente puede recibir nuevas impresiones; y las actividades que se rescatan son aquellas que se vinculan a esas funciones. Sin embargo, hay que dejar claro los límites de ese modelo. En primer lugar, una cultura cuando recibe expresiones culturales de otra, nunca es una lámina traslúcida asentada sobre una superficie lisa de cera. El sistema receptor de información siempre está condicionado por marcas previas en la superficie de cera y en las láminas de modo tal que estas no solo van a condicionar la recepción, sino también la conservación. Una cultura puede recibir información y conservarla solamente a condición de modificarla estableciendo así diferencias progresivas. En segundo lugar, las marcas que condicionan la recepción y la conservación están siempre organizadas y pueden compararse con las categorías y las formas de la sensibilidad. En tercer lugar, la organización previa sobre la que se recibe la información y se la conserva esta apoyada en fundamentos. Estos últimos no son otra cosa que los patrones sobre los cuales se organiza el sistema. Tales parámetros tienen un comienzo histórico y una particular forma de racionalidad. Uno de los patrones fundamentales que constituyen la organización que condiciona la recepción y la conservación de producciones simbólicas es la forma patriarcal del ejercicio de la razón. Sin duda alguna todo aquello que condiciona la recepción y la conservación de manifestaciones simbólicas de otras culturas está sujeto a una constante dinámica y cambio;

Pero también es cierto que a pesar de su carácter contingente, muchos condicionantes aparecen a una mirada ingenua como necesarios.

La actividad de recepción y conservación tal como aquí se la entiende esta orientada a desarticular todos los condicionantes que se muestran como necesarios sin serlo.

Ahora bien aun cuando esa recepción y conservación se llevan a cabo de acuerdo a la dinámica descrita, tales actividades no son suficientes para construir lazos genuinos entre culturas heterogéneas dentro del marco de los derechos humanos. Pues de nada vale que una cultura incorpore las expresiones de otra sin que esta haga lo propio con las expresiones de aquella, las actividades por las cuales se establece la reciprocidad entre culturas diferentes es vital.

IV. La Reciprocidad:

La teoría del género entre otras ha mostrado que a nivel individual, la reciprocidad entre los vínculos humanos es vital para establecer relaciones trascendentes. Cuando quien está implicado en una relación humana no alcanza a ser considerado por aquel a quien se vincula como una existencia autónoma se cae inevitablemente en lazos opresivos en los que prevalece la dominación⁵. Aquello que es válido al nivel de las relaciones entre los individuos, también parece ser válido para los vínculos entre cultura. Cuando se trata del procesamiento de las expresiones simbólicas de una cultura por otra una de las condiciones básicas es la simetría. Es decir, cuando una cultura establece vínculos con otra diferente e incorpora información de aquella, es imprescindible a su vez que esta actividad sea complementada por una actividad semejante a nivel de la otra cultura. Sin duda alguna esta reciprocidad no se reduce a un mero conocimiento de algunas prácticas de una y otra cultura. La reciprocidad a nivel de la incorporación de manifestaciones culturales está ligada a la superación de las dominaciones. Dicho de otro modo, que cada una de las culturas implicadas en un vínculo, registren de la otra las expresiones simbólicas básicas implica que hay en ese mismo registro el reconocimiento de la otra en el mismo plano que el reconocimiento de sí misma.

La reciprocidad se plantea así en dos niveles, el primero es el que hace referencia a la exigencia de actividades comunes de recepción y conservación de la información. No es en modo alguno suficiente, que estas dos actividades las haga sólo una cultura con respecto a otra; esta última a su vez tiene que hacer actividades equivalentes en lo que concierne a la captación de información.

El segundo nivel de la reciprocidad, es sin duda el más importante pero que no puede darse sin el primero y este segundo nivel a su vez es posibilitado por aquel. En este plano, se trata de que cada cultura reconozca a la otra como agente independiente para llevar a cabo sus prácticas. La reciprocidad en este sentido implica una superación de los vínculos entre culturas planteados a nivel de oposición entre una y otra; pues de lo que se trata aquí es de la realización de actividades por medio de las cuales una cultura comprende que ella misma es otra para una cultura diferente que se define por sí misma.

No se trata en este plano de negar las diferencias; de lo que realmente se trata es de no jerarquizar las diferencias para justificar dominaciones. Donde hay reciprocidad entendida en estos términos no puede en modo alguno existir opresión; pues la

reciprocidad aquí implica que una cultura es para otra lo mismo que esta es para aquella. No se trata aquí de postular una igualdad meramente ideal, se trata más bien de captación recíproca de cada cultura sobre los límites que se le imponen a sus diferencias. La reciprocidad, planteada en este nivel no hace más que indicar que cada cultura es un fin en sí misma. Cuando ello ocurre, ninguna cultura puede extraer de otra más bienes de aquellos con los cuales contribuye. Se generan así las bases del intercambio, en el cual cada cultura obtiene siempre más de aquello que otorga. Ahora bien, es importante tener presente que el intercambio, apoyado en la reciprocidad no aumenta los bienes dados, sino que a lo sumo motiva una redistribución más perfecta de estos. Para generar un incremento de las expresiones simbólicas ya sea en su calidad como cantidad es imprescindible, que además de las actividades que conducen a la reciprocidad, se lleven a cabo actividades orientadas a la producción.

V. La Elaboración:

El intercambio de bienes a nivel simbólico, entre culturas es sumamente significativo, pero el intercambio no genera bienes nuevos, a lo sumo permite distribuir los existentes de una manera más adecuada. Pero, en esa redistribución, está la clave que puede conducir a la producción. Dicho en otros términos, el intercambio genuino genera las condiciones óptimas para la producción. En este sentido el intercambio es uno de los factores que intervienen en la elaboración de nuevas producciones culturales; pero por sí mismo no las genera. La actividad de intercambio sobre los fundamentos de la reciprocidad debe ser suplementada con la actividad de elaboración.

La actividad de elaboración, no puede confundirse ni con la actividad de mezclar lo dado, ni tampoco con la mera generación de lo nuevo a partir de combinaciones diferentes de lo existente. La actividad de elaboración, es más bien, una composición.

No cualquier mezcla de símbolos de culturas diferentes va a derivar en una auténtica producción. Que en una expresión simbólica aparezcan elementos de culturas diferentes, no significa en modo alguno que haya allí una verdadera producción. Hay de hecho diferentes tipos de mezclas, y para que una mezcla sea una genuina producción el producto de ésta, concebido como un todo, tiene que superar aquello que ha sido dado como punto de partida.

Por otro lado, no toda combinación nueva entre expresiones simbólicas deriva en auténticas producciones, pues, en cualquier combinación nueva en donde los principios sobre los que se basa, no estén en concordancia con la totalidad, no hay producción. En una producción, hay combinación, pero no toda combinación es una producción, la combinación de una producción implica una articulación de lo dado inicialmente proveniente de culturas heterogéneas, articulación que le otorga a lo dado un carácter nuevo, y que al mismo tiempo mantiene aquello que es principal.

Se ha observado que uno de los condicionamientos básicos de las actividades receptivas y conservadoras está con la organización que las hace posible así como en los principios que se apoya; en especial cuando la organización cultural esta sostenida por principios acordes a un modo particular de racionalidad, que es la patriarcal, sustentada en genealogías específicas⁶, toda producción genuina no puede hacerse manteniendo dichos condicionantes y en este sentido, no sólo no puede basarse en principios sustentados por genealogías que excluyen otras, sino más bien, deben sustentarse en un levantamiento de nuevas formas de genealogía, que sustenten los principios renovados sobre los que se organizan las culturas. En este sentido, la verdadera producción es una composición de expresiones simbólicas heterogéneas que les da a cada una de esas expresiones una nueva dimensión y sentido en la medida que se recomponen y se actualizan en dicha actividad los principios organizativos de cada cultura. El trabajo de elaboración no solo afecta a las expresiones culturales diferentes, sino que también afecta a los fundamentos mismos en los que se sostienen las culturas.

En ese sentido, el trabajo de elaboración cultural no solo puede contribuir a la supresión de vínculos opresivos entre culturas, sino que puede contribuir a la supresión de tales vínculos en el interior mismo de cada cultura. El trabajo de elaboración se apoya en el intercambio estructurado sobre el fondo de la reciprocidad; pero supera dicho fondo en la medida en que es un trabajo de composición en el cual no sólo se ponen en juego manifestaciones heterogéneas que se combinan y se mezclan de manera apropiada, sino que además se llevan a cabo operaciones de composición, por las cuales se establecen nuevos lazos de unión entre las expresiones dadas, que dan como resultado una expresión distinta a ellas, pero, integrándolas en la obra final.

VI. Conclusión:

Nadie puede poner en duda que la diversidad cultural es un indicador de excelencia, siempre y cuando la multiplicidad de expresiones culturales se produzca en concordancia a los derechos humanos. Pero, una de las cuestiones fundamentales está en la coexistencia de diferentes culturas heterogéneas. Las diferencias entre culturas puede conducir al aislamiento o a la dominación; sin que visiblemente se quiebre el marco de legalidad. De allí que sea imprescindible despejar aquellas actividades elementales que contribuyen a un aumento progresivo de las condiciones materiales acordes con el marco dado por los derechos. La lista de esas actividades elementales que se llevan a cabo en el nivel cultural es muy larga, aquí simplemente se han puesto en evidencia cuatro, la receptividad, la conservación, la reciprocidad y la elaboración. Estas actividades no hacen más que poner en evidencia que el ámbito de la cultura en el nivel simbólico requiere un permanente trabajo que de ninguna manera hay que desestimar. El marco de los derechos humanos, hasta ahora, planteado en un nivel puramente formal, podría ser realizado en la existencia material de las culturas coexistiendo en la medida que las actividades elementales de estas no solo no sean impedidas, sino que por el contrario sean desarrolladas al máximo.

VII. Bibliografía:

Beauvoir, S. , (1987) , *El Segundo sexo*, Bs.As, Siglo XX.

Bhaba, H , (1994) *The location of culture*. New York, Routledge.

Campagnoli, Alicia , (2002) , *Por una filosofía que pueda parir en femenino*. En: *VI Jornadas de actualización. Foro de Psicoanálisis y género*. Bs. As. .

Cobo, Rosa., (1999) , *Multiculturalismo, democracia paritaria y participación política*. En: *Revista Política y Sociedad*, 32, Madrid .

Cornejo Polar, Antonio , (1988) , *Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas*. En: *Humanitas* Nro. 27.

Derrida , (1989) , *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos.

Descombes, (19889) , Vincent. *Lo mismo y lo otro*, Madrid, Cátedra.

Femenías, M , (2000) , *Sobre sujeto y género*, Bs.As , Catálogo.

Freud, S , (1984) , *Nota sobre la pizarra mágica*. Obras completas. Nº 19 Bs. As.. Amorrortu.

Gutmann , (1992) , *The challenge of multiculturalism in political ethics*, Philosophy & Affairs.

Hegel , (1966) , *La fenomenología del espíritu*, México, F.C.E.

Kant , (1964) , *Filosofía de la historia*, Bs.As., Nova.

Muguerza, J. (2000), *El puesto del hombre en la cosmopolis*. En Bertomeu, M., Gaeta, R y Vidiella, G. (Comps) *En: Universalismo y Multiculturalismo*. Bs.As., Eudeba.

VIII. Notas

1. Muguerza, Javier (2000). "El puesto del hombre en la cosmopolis". Pág. 159-161. Bertomeu M. J., Gaeta R. Y Vidiella G., *Universalismo y Multiculturalismo*, Bs.As., Eudeba.

2. Freud, S. (1984). *Nota sobre la "pizarra mágica"*. Pág. 243-244. Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu, Nro. 19.

3. Idem. Pág. 245

4. Idem. Pág. 246

5. Beauvoir, S. (1987), *El segundo sexo*, Bs. As. Siglo XX, Pág. 13-14

6. Femenías, M. L. (2000), *Sobre sujeto y género*, Bs. As., Catálogo,. Pág. 23-25 y pág. 155-157